

Cartas

Ecumenismo en España

La aparición del número de ACONTECIMIENTO sobre *Pluralismo religioso* coincidió en el tiempo con la anual *Semana de oración por la unidad de los cristianos* que reunió a las distintas Confesiones cristianas en un esfuerzo de oración así como de reflexión y conocimiento mutuo. Demasiado hermoso para ser cierto porque, tras esa apariencia de entendimiento, la realidad dista mucho de ser gozosa para quienes sentimos de alguna manera la vocación del ecumenismo y adquiere, por el contrario, tonalidades cada vez más decepcionantes. ¡Qué lejos queda aquel influjo del Vaticano II que sembró en la Iglesia Católica-Romana un talante fraternal y respetuoso hacia los hermanos de las otras Confesiones cristianas! El esfuerzo sincero y generoso en favor del encuentro con los demás cristianos impregnó Seminarios y Parroquias, nacieron iniciativas de servicio y testimonio común, no menos que avances para la mutua edificación en el diálogo teológico. Pero ese brío ha desaparecido en buena medida. Desde mi perspectiva como Pastor Evangélico, aquel ecumenismo ha sido sustituido por otro, inaceptable para muchos entre los que me incluyo, porque no pretende sino la junción de todos los cristianos en «un sólo redil, con un sólo pastor», tal como se repitió una y otra vez en la Semana de Oración y que suena más a claudicación de unos y victoria de otros que no a la búsqueda de unidad por la influencia del Espíritu Santo, en el

amor del Padre, bajo la única soberanía de Jesucristo y a la luz de las Sagradas Escrituras.

En la vida cotidiana las carencias se hacen más evidentes. Las mismas demandas de libertad e igualdad prácticas que la Iglesia Católica-Romana hoy reclama para sí a las Iglesias Ortodoxas donde éstas son mayoritarias son desatendidas por su parte allá donde el catolicismo es sociológicamente predominante; España sin ir más lejos. Todavía en los años sesenta (del siglo xx, por supuesto) sólo había lugar en nuestro país para la Iglesia Católica-Romana y para lo que se llamaba en el Fuero de los Españoles la «práctica de cultos privados (?) disidentes», a condición de que sus fieles «se abstengan de desarrollar actividades proselitistas, de llevar a cabo manifestaciones externas...» y otras tiranías similares. Me asombra que tan a menudo se recurra al modelo norteamericano para ilustrar las perversiones de la relación Iglesia-Estado cuando hay un ejemplo tan cercano a nosotros como fue el nacional-catolicismo y que muchos parecen haber borrado de su memoria en muy poco tiempo. Pero no es preciso buscar imágenes en las décadas pasadas. Hace apenas unos meses, aprobados y desarrollados en parte los Acuerdos entre las Iglesias Evangélicas y el Estado español y con motivo de la campaña en base al libro *Fuerza para vivir*, de origen Evangélico, las calumnias y tergiversaciones se han multiplicado por todas partes. Parecía repetirse de nuevo la vieja anécdota que protagoniza-

ron un predicador protestante y un agnóstico español que zanjaba así la conversación entre ambos: «No insista usted en su prédica; si no creo en mi religión, que es la verdadera, ¿cómo voy a creer en la suya?». No me ha sorprendido el rechazo malintencionado de nuestros agnósticos contemporáneos; mucho más me han dolido y descorazonado expresiones nacidas en la Iglesia Católica. En una circular del Obispo auxiliar de Madrid dirigida a los Párrocos y Rectores de las Iglesias y publicada en varios medios se llega a decir a propósito del libro *Fuerza para vivir* que «El cristianismo de esta obra no es el cristianismo que nació de Jesucristo, presentado en su integridad, sino una forma de cristianismo derivada de la Reforma protestante...» apuntando como desviaciones del verdadero Evangelio de Jesucristo aspectos teológicos que venimos estudiando con bastante más respeto mutuo en el diálogo ecuménico. Aún mayor desazón produce la única alusión que recoge la circular al Concilio Vaticano II para recordar que en la Iglesia Católica «subsiste la única Iglesia de Jesucristo». Si es así ¿a qué entonces dialogar?, ¿qué quieren decir algunos católicos cuando dicen «ecumenismo»? A lo más una paciente y paternalista espera hasta que los torpes hermanos descarriados recobren la lucidez y se sometan a la única Iglesia verdadera y a su particular autoridad.

Nada tengo que oponer a quien así lo entienda; otros piensan lo mismo aunque en sentido contra-

rio en las Iglesias Evangélicas. Pero me dirijo a mis hermanos católicos que entienden con K. Barth que «los cristianos verdaderamente ecuménicos no son aquellos que bagatellan las diferencias y revolotean sobre ellas, sino son precisamente aquellos otros que dentro de su respectiva iglesia son muy concretamente Iglesia.» Me dirijo a vosotros para animaros a recuperar y animar en el seno de vuestra Iglesia, como algunos hacemos en las nuestras, un talante más fraterno y menos agresivo, más abierto y menos temeroso, más dialogante y menos dominante hacia quienes también somos Pueblo de Dios pero vivimos y testimoniamos nuestra fe en tonos distintos. Nuestro país ha aceptado la pluralidad como un hecho; también en lo religioso. Sé que no simpatizáis con quienes pretenden seguir siendo reserva espiritual de Occidente. Por eso os invito a aprender a hacer sitio gozosamente a otros hermanos cristianos, a su vivencia y a su testimonio, a sus personas y a sus Iglesias. El Protestantismo español, oprimido por siglos, no sólo no fue erradicado sino que está llamado a ocupar un protagonismo cada vez mayor en la vida espiritual de nuestro suelo, como ocurre en muchos otros países. Recordad con Gamael que «si esta obra es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios» (*Hch.* 5, 39). Que Dios os bendiga, hermanos.

Emmanuel Buch
Pastor de la Iglesia
Evangélica Bautista